EL LATIDO DEL GUERRERO

Darío Méndez Salcedo

EL LATIDO DEL GUERRERO

Darío Méndez Salcedo

www.adaliz-ediciones.com

Primera edición, octubre de 2017
© Derechos de la primera edición reservados
© adaliz ediciones
www.adaliz-ediciones.com / info@adaliz-ediciones.com
Colección: Fantasía

© Darío Méndez Salcedo
facebook.com/DarioMSalcedo
dariomendezsalcedo.wixsite.com/arbolesylibros
Edición, maquetación, cubierta y diseño: © adaliz ediciones
© Ilustraciones: María Calderón Fernández

Impresión: Cimapress
Impreso en España / Printed in Spain
ISBN: 978-84-947657-2-8
Depósito Legal: SE 1649-2017

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright».

EL LATIDO DEL GUERRERO

Darío Méndez Salcedo

adaliz ae
ediciones

A mis Padres
y a Ella,
mi Maestra.

Índice

PRÓLOGO: AMANECER 17

RENACER 33

Capítulo I 37
Capítulo II 53
Capítulo III 79
Capítulo IV 93
Capítulo V 113
Capítulo VI 131
Capítulo VII 169

MUNDO 197

Capítulo VIII 201
Capítulo IX 217
Capítulo X 231
Capítulo XI 249
Capítulo XII 277
Capítulo XIII 297
Capítulo XIV 331

BÚSQUEDA 355

Capítulo XV 359
Capítulo XVI 381
Capítulo XVII 407
Capítulo XVIII 419
Capítulo XIX 443
Capítulo XX 453

EPÍLOGO: EXISTENCIA 465

Prólogo del autor

El Latido del Guerrero es un acto de justicia. Es un merecido —no sé si digno— homenaje al niño que, hace ya una década, me habló del legendario mundo de Adamús. Durante incansables tardes de libros y de folios en blanco, aquel jovencísimo trovador narró mitos, retrató héroes, rezó a dioses que no existían y nos elevó al cielo de lo infinito: aquel lugar del alma donde, lejos del resto de seres humanos, nos hundimos en la profundidad de todos ellos.

A pesar de que la adultez —y sus mortecinas pretensiones— silenciaron a aquel niño, todavía conservo un cuaderno con gran parte de las notas que tomé sobre Adamús. A partir de ellas he reconstruido, con un lenguaje adulto y muy diferente al suyo, una de las más hermosas historias que me relató: la lucha de Tareent y Òrâbla por conquistarse a sí mismos, la guerra de un campesino y un rey por responder a un mundo implacable con sus preguntas.

Esta novela aspira a ser la Pregunta que haga vibrar al lector, el cielo que abra su horizonte hacia el abismo de su alma, el grito que le brinde una voz humana con la que responder a un mundo necesitado de nuestro desgarrado idioma. Tareent y Òrâbla no son ellos, sino nosotros.

Quiero agradecer, con toda la sinceridad que mi corazón puede atesorar, a todos los que me han acompañado, y han

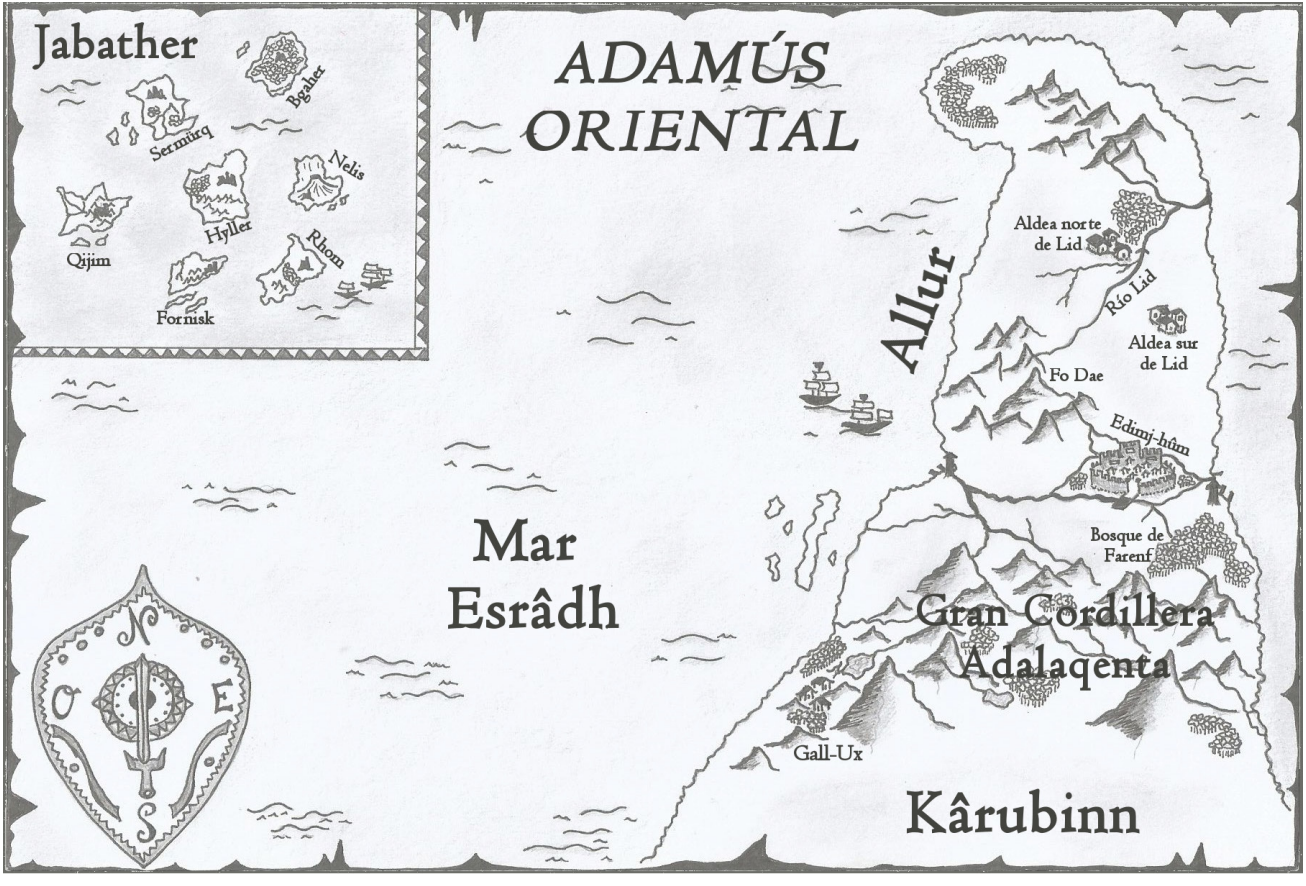
acompañado, la vida de esta obra desde su nacimiento. Sobre todo, gracias a Samu, por su lectura de los primeros borradores y sus francas impresiones; a sir Henry, por su minuciosidad y su espíritu profesional volcados en esta obra; a Ángela, por sus críticas constructivas; y a Amalia, por las *destructivas*; y, especialmente, gracias a María por su fiel acompañamiento durante estos años de trabajo y letras, por sus valiosísimas opiniones y sugerencias y, cómo no, por los magníficos mapas e ilustraciones del libro, que vivifican las palabras y las vuelcan en el espíritu. A todos ellos pido perdón por todo lo que pudo ser mejorado y que, sin embargo, no lo fue.

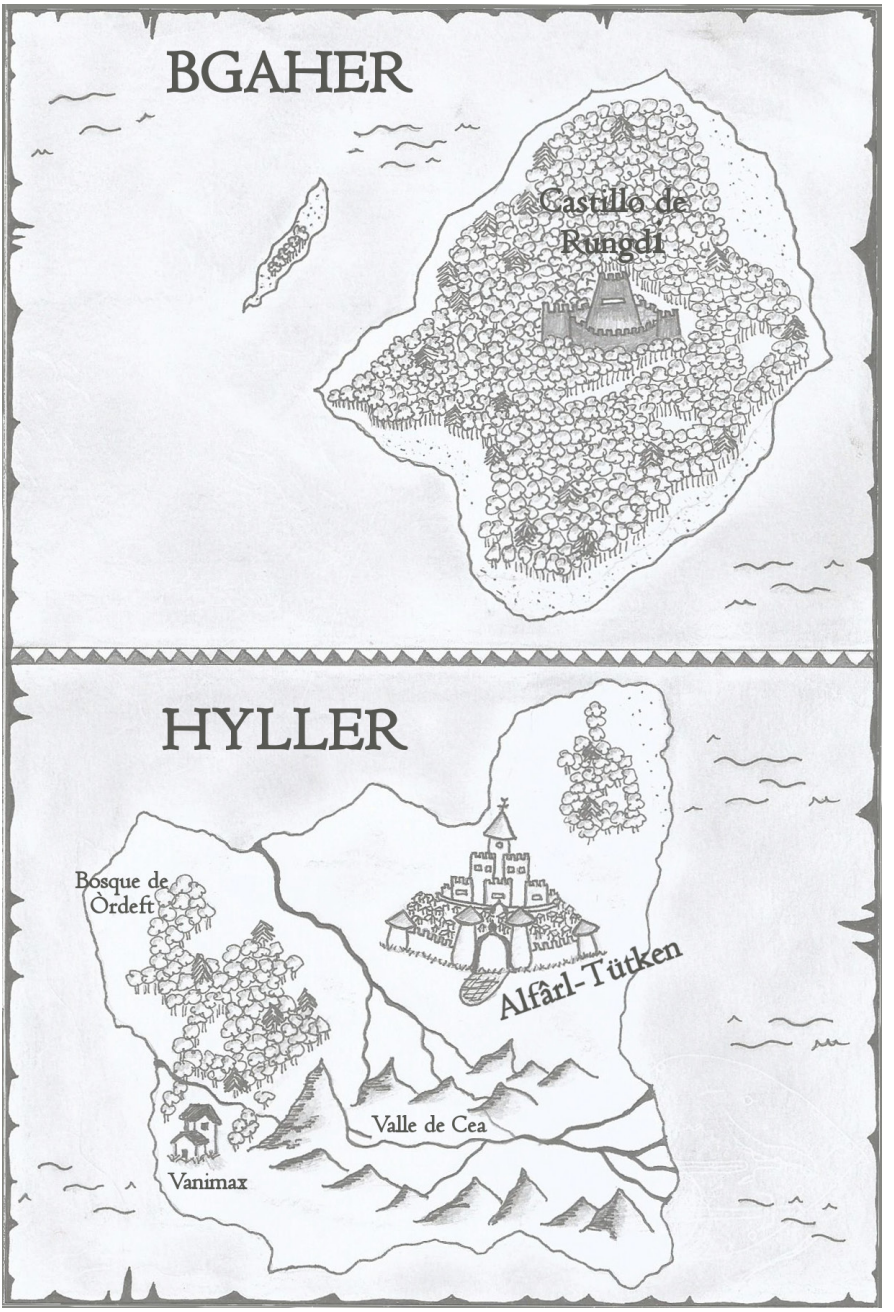
Y, finalmente, gracias a ti, amigo lector, por estar dispuesto a embarcarte en un viaje épico hacia las profundidades del ser humano. Muchos emprenden la travesía hacia sí mismos, pero pocos llegan hasta la cima de su abismo… y apenas nadie regresa de entre la niebla de sus cumbres.

Nosotros, nos veremos en lo más hondo de las alturas. Espero que entre estas páginas.

En Granada, a 11 de mayo de 2017

Guerrero, pasto de los tiempos,
siempre arderá tu corazón;
pues un guerrero no está muerto
si por él llora un trovador.


Jabather
Bgather
Sermürq
Nelis
Hyller
Qijim
Rhom
Fornisk
ADAMÚS ORIENTAL
Allur
Aldea norte de Lid
Río Lid
Aldea sur de Lid
Fo Dae
Edimj-hûm
Bosque de Farenf
Mar Esrâdh
Gran Cordillera Adalaqenta
Gall-Ux
Kârubinn
N
O
E
S


BGAHER
Castillo de Rungdi
HYLLER
Bosque de Òrdeft
Alfârl-Tütken
Valle de Cea
Vanimax

Prólogo: Amanecer

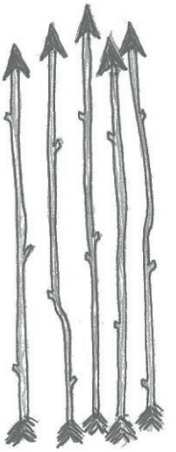
El Infinito.
¿Está ahí fuera, o en lo inexpugnable de nuestro espíritu?

Año 412 tras la Gran Migración.
Aldea Norte de Lid (Allur).

Amaneció de nuevo, como siempre y como nunca, un Sol inenarrable, único en su semejanza con el de todos los días; un Sol de aquellos que, como todos y como ninguno, solo pueden concebirse con la música solemne, pura y majestuosa que alimenta el espíritu de la Humanidad. Un Sol que, desde antes de que el amanecer tuviera conciencia de sí mismo, parecía exhalar con su brillo la intensa bocanada del día que comenzaba. Las cimas de los montes saludaban con su fulgor nevado a aquel supremo rey de los astros; los árboles alzaban sus robustos troncos para dignificar su figura bajo el manto de sus rayos, y la hierba de las praderas reverenciaba con tímido orgullo a un cielo demasiado inmenso para ella, cuya imagen los lagos reflectaban con admiración. Una mañana más, la trascendencia del silencio imbuía al viento de una pureza mágica, que parecía cantar a la danza eterna entre la perfección del Universo y la de Adamús.

Adamús; el mundo del que he sido, ya en la tarde otoñal de mi vida, tanto creador como creado.

Antes de que cualquier horno de leña perfumara de cotidianidad aquel metafórico despertar, el jovencísimo Tareent de Shuc ya correteaba entre los pinos del bosque cercano a su casa. Tenía el propósito de trazar un mapa con los lugares secretos de aquella zona, que consideraba de su propiedad. Con genuino entusiasmo pretendía señalar sus ubicaciones, indicar sus rutas de acceso y anotar algunos de sus misterios más inquietantes, para que el insidioso olvido jamás pudiera olvidarse de ellos ni de su infancia. Para ello había seleccionado, de entre otras que llevaba recogiendo desde el principio de las vacaciones, una corteza de árbol ancha y ligera, que pudiera trasportar con facilidad durante su ejercicio de cartografía. En la otra mano llevaba un palito de carbón de los que él mismo fabricaba durante los veranos. Cuando comenzaban los días calurosos buscaba ramitas pequeñas, que dejaba descansar en algún lugar iluminado del bosque durante los meses más soleados. Pasado ese tiempo, la madera se carbonizaba por la acción ininterrumpida de la luz solar.



Guardaba estos lápices de carbón para usarlos durante el resto del año. A veces se los cambiaba a otros niños de la aldea por objetos valiosos, como alguna cuerda flexible para fabricar arcos o cualquier flecha modesta que recorriera más de diez metros en un buen disparo. No obstante, a no ser que necesitara algún chisme que no pudiera construir por su cuenta, Tareent no acostumbraba a acercarse a otros niños de su edad. Esto, unido al profundo cariño que sentía hacia las cosas que él mismo fabricaba, era la causa de que su montón de carbones, palos, puntas de piedra y demás utensilios nunca cesara de aumentar.

Andaba implicado en sus asuntos con bastante interés. Recorría varias veces cada claro, esquina y linde del bosque para convencerse de que las medidas que iba tomando eran correctas. Tras asegurarse de ello, esbozaba los contornos del plano en la corteza de árbol y seguía avanzando lentamente, comprobando la exactitud de sus dibujos. No había tocón, madriguera o matorral que no representara. Se sentía señor del aquel bosque y, como tal, debía saber manejarse en su territorio, así que invirtió toda su mañana en aquella tediosa, pero necesaria tarea. A fin de cuentas, las vacaciones estivales iban a acabarse pronto y el tiempo no podía desperdiciarse durmiendo, tal y como hacía la mayoría de sus compañeros. Tareent, al contrario que ellos, acostumbraba a madrugar con los primeros cantos de los pájaros y a desaparecer de su casa hasta bien entrado el mediodía, viviendo plenamente su inmadura soledad. A sus trece años, y sin ser aún consciente de ello, Tareent amaba la naturaleza con una limpia y devota pasión espiritual, que sacudía su existencia desde dentro y le hacía dios de un universo propio, todavía inexplorado por su creatividad en ciernes.

Aún era, a los ojos de los árboles que lo vieron crecer, un héroe silenciado por la infancia y por la escuela. Durante la época de aprendizaje no solía tener tiempo ni permiso para ir al bosque y dejar pasar las horas tumbado en la hierba, contemplando las nubes e inventando historias fantásticas: historias de piratas aventureros, príncipes exiliados, reinas generosas con su pueblo y, por supuesto, personajes malvados cuyo papel, por un motivo u otro, era siempre el de intentar acabar con la paz de todos los reinos de su peculiar mundo.

Sin embargo, aun en la propia escuela, Tareent nunca abandonaba del todo su fantasía. Con asiduidad escribía palabras en idiomas de caracteres absurdos, o dibujaba mapas de territorios desconocidos para todos excepto para su imaginación, incansable buscadora de lugares extraordinarios. También narraba en sus láminas escolares algunas de las aventuras que inventaba, aunque eso no llamaba tanto la atención del maestro Attes, quien pensaba que el muchacho comprendía y anotaba prolijamente sus explicaciones.

A pesar de la cara de bobo que a veces ponía al divagar, Tareent disfrutaba aquellas mañanas en las que los treinta y seis niños de la aldea se sentaban en torno al anciano Attes. Este les hablaba sobre el mundo más allá del río Lid y sobre los acontecimientos acaecidos incluso antes de que nacieran sus padres. Tareent conocía casi todas las respuestas de las cuestiones que Attes planteaba, aunque a veces se confundía con la geografía de ciertos montes o las propiedades de alguna que otra planta medicinal. Era, pese a sus frecuentes distracciones, uno de los alumnos más destacados del grupo.

Se decía que, cada cierto tiempo, el maestro escogía a un niño aventajado en sus estudios y le enseñaba la poca magia que conocía: prender una llamita o provocar pequeñas corrientes de aire con las manos. Alentado por ello, a Tareent le merecía la pena sacrificar algunas tardes de holgazanería para memorizar lo que aprendía por las mañanas. A veces, apasionado por las rutas del conocimiento, incluso llegaba a pedirle libros a Attes para leer sobre algunos temas que le interesaban, como los mitos de los dioses del Lagás Lórosav[1] o las crónicas de importantísimas batallas del pasado, materias que le inspiraban para sus propias creaciones y que expandían el horizonte de su peculiar fantasía.

Tareent era celoso con su mundo íntimo, y una de las cosas que más le enfadaba era que otros trataran de inmiscuirse

1. Religión politeísta predominante en Adamús Oriental. En esta región, todos los núcleos importantes de población adoptan el Lagás Lórosav como religión oficial. No obstante, las prácticas espirituales asociadas a ella pueden variar según la zona a la que nos refiramos.

en él, aun sin ninguna mala intención. Se molestaba cuando algún compañero se acercaba a sus láminas para curiosear los frutos de su imaginación, cuando le preguntaban qué hacía por ahí perdido todo el día o cuando, en casa, le recriminaban su manía de almacenar tantos palos y cosas recogidas en el bosque. Él, intentando controlar su malhumor, daba respuestas vagas u obviaba el tema. Alguna vez le había sorprendido el desbordamiento de sus emociones y, con una furia insólita, había exigido a los husmeadores que lo dejaran en paz.

Conociendo estos peculiares rasgos del jovencísimo Tareent, no nos debe extrañar que se mosqueara cuando, mientras comulgaba silenciosamente con los árboles y el trazado de su bosque, oyó jaleo cerca de donde él realizaba su labor de cartografía. Dejó de trabajar y, molesto, dirigió sus pasos hacia el lugar desde donde provenía el ruido…, y lo que vio le hirió, le hirió profundamente. A lo lejos distinguió a algunos niños de la aldea, que él conocía, partiendo las ramas que encontraban. Las golpeaban contra los troncos de un árbol mientras vociferaban gritos guerreros, con voz potente, aunque inexperta. Tareent, que consideraba esa naturaleza virgen como una extensión de sí mismo, trasladaba a su propia sensibilidad los impactos que aquellos chiquillos atizaban a los pinos. Sufría en sus tripas las hendiduras que se abrían en esos árboles y soportaba en sus oídos el crujido seco de la madera al quebrarse. Sus sienes se tensaron y sintió, en su paralizada cabeza, cómo se agolpaban el odio y el miedo hacia el salvajismo de aquellos brutos.

Estuvo un tiempo sin noción del tiempo, mirándolos nada más que con los ojos, sin saber qué pensar ni poder hacerlo; la sorpresiva realidad, una vez más, con una tontísima y casi humillante facilidad, había quebrado su orden armónico de lo que debía ser y que, sin embargo, no era. ¿Por qué aquellos miserables encontraban divertidas esas demostraciones de fuerza, tan irrespetuosas con lo que él amaba? ¿Cómo era posible ese afán destructivo para con lo

más bello concedido jamás a los seres humanos? ¿Acaso esos cafres no se asqueaban de ellos mismos cuando emprendían voluntariamente tales actos de ingratitud? ¿Merecían vivir aquellos que masacraban lo vivo sin ninguna justificación? Tareent se preguntaba sobre la devoción y la admiración por la naturaleza que Attes les enseñaba y que los héroes clásicos defendían con su vida y hasta su muerte, fundiéndose en ella mediante el silencio sereno y la calma profunda. ¿Acaso no eran aquellos héroes los favoritos de los dioses del Lagás? Tareent, en lo más puro de su espíritu, anhelaba ser como aquellos protagonistas de las epopeyas, tan pequeños para tanta grandeza, y buscaba en la sabia eternidad de los bosques la respuesta a su altísima aspiración. ¡Pobre Tareent! Solo los dioses sabían que era un héroe que aún no conocía su condición; todavía era un niño delgado y asustadizo, con un gran valor que intuía, pero que aún no dominaba.

Con rabia apartó su mirada invisible de aquellos insensatos y, sin dejar de escuchar sus risotadas, recogió sus cosas y salió del bosque con paso acelerado, sin que lo vieran. Desapareció, como siempre, sin haber estado. En el camino reflexionaba, con una mezcla de impotencia y culpabilidad, sobre las personas malas y las personas buenas. Siempre hacía lo mismo cuando se encolerizaba con lo que no se atrevía a enfrentar. Le consolaba, por lo menos, saberse dentro del grupo de los buenos.

ξ ξ ξ

La mañana ya estaba avanzada y comenzaba a apretar el calor. Cuando llegó al poblado, la gente andaba en sus quehaceres desde hacía largo rato: ya se escuchaba el compás de los martillazos del herrero, el vocerío del mercado, el repiqueteo de los carruajes y las notas enamoradas de algún laúd perdido en el regazo de su dueño, todo ello aderezado con el aroma de

los hornos de pan, los animales, el sudor y, en general, con el ajetreo de un día normal, otro más, en la aldea Norte de Lid.

Según decían muchos libros, este emplazamiento había sido uno de los primeros núcleos de población que se instauraron cerca del río Lid tras la Gran Migración[2]. El río Lid era uno de los más caudalosos de Allur y dividía horizontalmente el territorio del continente en dos, quedando a ambos lados de su torrente extensas y ricas llanuras de tierra fértil, cuya fluvial geografía aseguraba agua en abundancia. Por ello, la supervivencia sedentaria era relativamente sencilla en aquella zona. Con un trabajo atento, constante y más o menos cuidadoso, la cosecha estaba prácticamente garantizada. El clima, además, llevaba años sin causar grandes problemas, por lo que el hambre era un difuso mito de sufrimiento ancestral. Por estas razones, numerosas aldeas agrícolas se dispersaban a orillas del río. La aldea Norte de Lid, donde Tareent había vivido desde su nacimiento, era de las más pobladas de la zona.

Sin embargo, desde hacía algo más de una década, el campo solo agrupaba a los nostálgicos, a los puristas y a los pobres (aunque, ciertamente, estos últimos conformaban el grueso de la población). Aquellos que podían abandonaban las zonas rurales y se trasladaban a Edimj-hûm, la gran ciudad amurallada, capital de Allur. Edimj-hûm, el principal centro urbano del continente, se encontraba en tiempo de bonanza, y el tránsito continuo de individuos convertía cada plaza pública en una bulliciosa vorágine social, cultural y económica: mercaderes y aventureros intercambiaban entre sí artilugios fascinantes, procedentes de los más recónditos parajes de Adamús; saltimbanquis tan divertidos como irritantes entretenían a la población; gladiadores vigorosos exhibían la nobleza de sus artes marciales; montaraces ha-

2. La Gran Migración de los Drsjut es el punto de inicio, en la historia de Adamús, de la era en la que tienen lugar los hechos acaecidos en este relato. Después de tal acontecimiento histórico, los años son indicados seguidos de la fórmula «tras la Gran Migración», pues se cuentan desde que esta tuvo lugar.

bilidosos con el arco y las flechas protagonizaban arriesgados espectáculos, que paralizaban el corazón de quienes los contemplaban; sabios y eruditos discutían acaloradamente o escribían abstraídos, mientras degustaban el buen pan de las aldeas circundantes; e incluso algunos viejos y humildes magos pasaban el tiempo divirtiendo a los niños, que reían y se deleitaban con sus inocuos hechizos. La creciente riqueza de la ciudad también se reflejaba en la profesionalización de su ejército, consolidado desde hacía años y cuya fama ya era conocida más allá del mar. El armamento, los animales de guerra y los milicianos eran cuidados en extremo por Centurios de vigorosa experiencia, que preparaban, probablemente, a los mejores guerreros del continente.

El artífice de la gloriosa revolución de Edimj-hûm fue el rey Mudyon, quien supo conjugar la labor de sus antecesores con un renovado y comprometido amor hacia su pueblo. Desde que ocupó el trono, Mudyon se esforzó por exhibir una sabia benevolencia con su gente, al reconocer la dignidad de todos los habitantes de Edimj-hûm y del continente de Allur. Las leyes que promulgó al inicio de su reinado recogían aspectos tan novedosos como la *empatía misericordiosa de los jueces*, la *responsabilidad conjunta de la tierra y su divina hermosura*, el *descanso universal despreocupado* durante un día a la semana, el *aprendizaje generalizado para todos los infantes* en las escuelas, la especial atención a los extranjeros o el mantenimiento de un tesoro que fuera destinado a los menos favorecidos de la ciudad, así como a festivales y eventos públicos de gran alcance.

Por vez primera en la historia de Allur se promulgaron ordenanzas que no hablaban de castigos sino de concesiones, y no eran tanto estas como lo que suponían: que los habitantes eran algo más que engranajes de la máquina de poder del rey, que eran valiosos por el mero hecho de ser criaturas contempladas por los dioses y, sobre todo, que estaban algo más cerca de aquel ideal del que todos los reyes hablan, pero

pocos conocen: la libertad. Aunque aquellas ventajas no suponían la liberación de su condición de súbditos, su novedad y el carisma de Mudyon construyeron una agradecida dinámica de ilusión en la vida de la urbe. Así, la colectividad creció en alegría, unidad e identidad. Sobre la base de ese fértil sustrato, Edimj-hûm comenzó su camino al centro de la red del mundo. Muchos pensadores se preguntaron cómo era posible tal despliegue de recursos en una ciudad que nunca había destacado por sus riquezas, pero sus voces nunca se alzaron lo suficiente…, no sabemos si por ausencia de respuestas o por la probable incomodidad de las mismas.

De todos estos hechos acontecidos en la última década, Tareent sabía poco, pero intuía mucho. Aunque Attes prefiriera hablar de otras cosas a sus pupilos, el muchacho escuchaba conversaciones entre adultos y leía algunos textos prestados por su maestro. Esto le proporcionaba una visión general de lo que ocurría fuera de la aldea en la que vivía atrapado y contra la que, inconscientemente, se rebelaba. Tareent, pequeño soñador idealista —si es que existe algún soñador que no lo sea—, sentía una responsabilidad casi más adulta que la de muchos adultos con el mundo; un mundo muy grande que, según su concepción catastrofista, tenía mucho que mejorar. Para él, todo tenía siempre mucho que mejorar. Aunque normalmente era capaz de saborear lo más alegre y delicioso que le brindaba la vida, le era imposible dejar de compararlo con la perfección espiritual del cielo nuboso, del horizonte visto desde las alturas o del mismo arrullo del río, que mecía cada noche sus pensamientos hasta dormirlo. Aún sin darse cuenta de ello, tenía una concepción contaminante del ser humano que, irremediablemente, le hacía buscar paz en la soledad. Reflexionando sobre sí mismo, intentaba alcanzar una perfección ideal que proyectar al mundo con sus actos; pero a veces, debido a su asustadizo trato con la realidad, se quedaba en el intento. Al fin y al cabo, no era más que un niño, y tales arcanos a los que aspiraba jamás habían sido resueltos, ni siquiera por los más sabios filósofos o los más disciplinados ascetas.

Su puesto en el grupo de los buenos, sin embargo, se lo tomaba muy a pecho; era fruto de su afán por una vida perfecta, que luego intentaba trasladar a sus relaciones con los demás. Se exigía grandes cotas de respeto y simpatía en todo acto que pudiera ser observado y, por ende, juzgado. En ocasiones, esta actitud se volvía contra él, ya que, mal enfocada, le recluía en una prisión invisible que limitaba sus acciones. Nunca se había permitido desagradar a nadie y, por ello, toleraba que se aprovecharan de él con cierto orgullo, cargando con una irreal armonía cuyos desperdicios echaba a su frágil espalda. Un ferviente idealismo, admirable para cualquier adulto que lo hubiera conocido, le brindaba la entereza que requería tal pesado compromiso.

Por ello, aunque aún seguía fastidiado por el episodio del bosque, saludaba a casi todos los vecinos que iba encontrándose hasta llegar a casa. Sus cándidos saludos no desvelaban su disgusto y agradaban a los mayores, quienes sonreían ante la vitalidad de Tareent —lo cual, ciertamente, a él le encantaba—. Algunos, sin embargo, se excedían en su simpatía y le preguntaban por la corteza de árbol que llevaba; entonces él respondía, para cerrar el tema sin ni siquiera empezarlo, que tenía prisa porque su madre lo esperaba en casa.

Ya más calmado, llegó a su pequeña vivienda, donde al parecer no había nadie, y subió a su habitación. Colocó el mapa a medio terminar en un rincón y amontonó los lápices de carbón junto a los demás. Tras deshacerse de todo, se echó en su camastro. Eran esas horas de la mañana en las que la luz del Sol iluminaba todo su cuarto sin llegar a deslumbrarlo, y Tareent se quedó unos minutos tumbado mientras escuchaba sin atención, pero con gusto, el ajetreo de afuera. Pensaba que, ya a esas horas, la gente que seguía durmiendo merecía ser castigada por su holgazanería, y no pudo evitar sonreír al sentenciar a unos cuantos compañeros suyos. La mente del muchacho estaba activa, y muchas otras ideas, tan ridículas como plausibles, se deslizaron por ella sin que él hiciera nada

por impedirlo. Después de un rato, sintió la necesidad de hacer algo y se levantó de un brinco. Tras echar un último vistazo por la ventana, bajó.

Al pisar el último escalón vio a Reelie, su madre, sacando bollos del horno. Él adoraba cuando se decidía a hacer pan, ya que le salía más blandito y esponjoso que a Traude, el panadero de la aldea. Además, las porciones solían ser más grandes a la hora de comer, sobre todo si estaba aún caliente.

Ella, sin embargo, no lo recibió de tan buen grado. Cuando lo vio aparecer, le reprochó el irse de casa sin decir nada, como siempre. Reelie no veía con buenos ojos las solitarias excursiones de su hijo. Las consideraba peligrosas e incluso contraproducentes para un chico de su edad, que debería estar más preocupado por llevarse bien con otros niños y dejarse de esas raras expediciones al bosque, donde solo habitaba el peligro. ¿Qué diantres podría hacer un crío como Tareent por ahí perdido durante horas? Reelie apenas podía encontrar la vertiente positiva de todo aquello y, aunque se consolaba pensando que aún era un niño y ya tendría tiempo para madurar, a veces se preocupaba en exceso. Lo ejemplar que tenía Tareent en otros ámbitos, como los estudios, parecía contrapesarse con su manía de irse por ahí cuando le apetecía, sin preocuparse de que se preocuparan por él.

Como ya se sabía la cantinela de su madre, se tomó con cierto desenfado la regañina y se fue de vuelta a su habitación, a su bastión de intimidad y grandeza agazapada. Sin darle más importancia al asunto, estuvo jugueteando un rato con piezas de madera que él mismo había recogido y tallado, recreando una épica batalla cuya existencia solo él conocía.

ξ ξ ξ

Pasó un largo rato y, ya cansado de su actividad, guardó las cosas y se asomó por su ventana, orientada al sur. Glorio-

so e inspirador paisaje el que contempló. Guiando sus ojos hacia el sonido de la corriente, los posó en el río Lid, entre cuyas agitadas aguas se deslizaban algunos rayos de luz en forma de peces saltarines. Siguiendo el curso del río, topó su visión con el Puente Central, el más grande de los tres que lo atravesaban, y por el cual transitaba algún mercader con sus mulas. Y, alzando la mirada, más allá de las extensas llanuras circundantes y casi a merced de la imaginación, se distinguía la silueta del monte Fo Dae, el más elevado de la región, que parecía difuminada con el viento y la luminosidad del cielo. Tareent sabía, según había aprendido en la escuela, que tras ese monte se erigía la Gran Cordillera Adalaqenta, formada por infinitas montañas de infinita altura que separaban los continentes de Allur y Kârubinn. Solo esa gigante muralla, de picos tan hermosos como amenazantes, podía ser digna de la titánica tarea de aislar entre sí a dos de los territorios más extensos de Adamús. Las historias sobre esos picos eran tantas, que se decía que no había trovador capaz de aprenderlas ni horas de noche para cantarlas.

Kârubinn... No pudo evitar evocar la imagen de su padre al pensar en esas tierras; no pudo evitar recordar el momento de su partida, hacía ya un par de años, ataviado con esas pesadas prendas militares tan valiosas y, sin embargo, tan faltas de heroísmo, solemnidad y virtud. Terant, curtido hombre de guerra, partía a Kârubinn para entrenar a los reclutas del ejército de alguna ciudad de la que Tareent no recordaba el nombre. La lejanía que siempre había mostrado su padre con él provocó que, ni tan siquiera en el momento de su marcha, Tareent se emocionara lo más mínimo. Se había limitado, simplemente, a despedirlo como se exige en el libro no escrito del afecto familiar.

El segundo episodio de esas características sucedió unos meses más tarde, cuando su hermano mayor, Tânom, también partió a la ciudad para alistarse en el ejército y mantener así la tradición familiar. No fue a Kârubinn con su

padre, sino que se quedó en la Orden Militar de Edimj-hûm, capital de Allur; más cerca, pero igual de alejado. En el momento de la partida de su hermano, Tareent tampoco exteriorizó unos sentimientos que no existían.

Tras la marcha de ambos hombres, su madre y él se quedaron solos en la casa. Tareent, aunque no se percatara de ello, agradecía que la atmósfera autoritaria que había respirado desde su nacimiento se hubiera esfumado junto a su padre. Al fin y al cabo, en las reprimendas de Reelie siempre encontraba un destello de ternura que le hacía sentirse querido, si no en los abrazos y caricias que ella le ofrecía de vez en cuando, en un arranque inesperado de cariño.

¡Cuántas veces había soñado Tareent con vivir desde el cariño profundo y genuino, cuántas veces había aprisionado entre sus brazos a una mujer etérea cuyo nombre y cuyo rostro desconocía, cuántas veces se había enamorado de unos largos cabellos que danzaban entre los árboles y se deshacían en ellos! El sueño adolescente del amor, con el que algunos de sus compañeros ya comenzaban a experimentar, era tan sacro y prístino para Tareent que solo era concebible en su vibrante imaginación, ya que la realidad, *su* realidad, distaba muchísimo de sus más íntimos deseos. Él, que nunca había rozado sus manos con las de cualquier otra chica, ya anhelaba encontrar a aquella mujer a la que dedicar la totalidad de su vida. Pero ninguna era como la abstracción a la que daba forma en su mente como a una obra de arte: su obra maestra, el ideal más alto y digno al que podría aspirar jamás; ella era tanto la fuente como el producto de su inspiración, tanto el origen como el fruto de su ímpetu, tanto el horizonte como la brújula de su búsqueda. *Ella* era la antorcha que iluminaba la mísera existencia de Tareent; su presencia invisible colmaba un vacío que ni su escindida familia, ni sus necios compañeros, eran capaces de intuir. «Sálvame de este abismo», le suplicaba Tareent en sueños, gritando palabras que nunca recordaba al amanecer.

Sin embargo, en lo más hondo y descarnado de su lucha, el pobre Tareent sabía que ella no existía, al igual que todas las fantasías con las que se enfrentaba a los envites de la vida. Al fin y al cabo, la vida, a pesar de su cruel vaivén y su absurdo tedio, era para él lo más parecido a la realidad imaginaria que concebía en la fiereza de su espíritu.

Tareent de Shuc, en la altiva soledad de su ingenua infancia, ignoraba lo afortunada y profundamente infeliz que era.

Bosque de pínos cercano a la aldea Norte de Líd.

Tras los árboles fluye el río.

PRIMERA PARTE

RENACER

Cállate, deja de cantar. ¿No ves que aquí tu voz se vuelve rancia y viciada? Estas paredes nutren sus grietas y agujeros con tu música, y la devuelven envuelta en bilis rancia y atravesada por astillas podridas. Aquí la música no es música danzarina sino miedo pusilánime... ¡Ni siquiera tú escuchas tu propio canto porque te preocupan más los cierres de las ventanas! Aquí dentro no te permito que cantes, ¡guarda silencio! Estos maderos viejos y perennes no merecen escuchar tu fragilidad, y tampoco deberían si no quieren quebrarse ellos. ¡El único tablón de este cuarto digno de escucharte es el de la puerta, una vez hayas regresado a la cabaña tras cantarle al bosque y haber hecho florecer sus flores y las tuyas!

¿Quieres cantar...? ¡Pues hazlo entre los árboles! ¿Danzar...? ¡Hazlo sobre las hojas! ¿Qué es cantar sin el aplauso del viento y las ramas quebradas, danzar sin el descanso de la hierba fresca y vivir sin la plenitud del cielo? Mucho te queda por aprender de los pájaros, hijo, que despiertan para cantar y ensayar su canto sin vergüenza, porque es más su alegría que su error. Dices que ellos saben volar y que son dichosos por ello, pero la verdad es que son dichosos porque saben que vuelan. Y tú, hijo, ¿no sabes volar? ¿Acaso no miras al cielo en las eternas tardes del primaveral verano y elevas tu conciencia sobre esas nubes impolutas, sin percatarte del picor en tu cuerpo por tumbarte en la hierba? ¿Acaso no te falta aire y pecho cuando te sientes morir de amor por la vida y su infinita dicha? ¿Y no viajas con esa misma palabra, infinito, *a un cielo que está demasiado alto para cualquiera que no seáis tú y tu anhelo más trascendental? No envidies a esos pájaros y aprende de ellos; saben que vuelan y así vuelan cantando; ¡haz lo propio y sabe que vuelas en tu danza para cantar volando! El*

cielo es demasiado inmenso para inspirarlo, pero no lo suficiente como para no superarlo. ¡Ve y cántale a tu timidez y hazle el baile único de tu nombre y tu infinito! ¡Haz vibrar la tierra y sus raíces con tus pies mientras vuelas danzando a carcajadas...!

Pero no aquí en este cuarto, donde el techo es tan bajo y los tablones tan frágiles.

Gall-Ux, *Pláticas Espirituales.*

Capítulo I

Igual de difícil es para el amo convertirse en esclavo
que para el esclavo convertirse en amo.

Año 419 tras la Gran Migración —siete años más tarde—.
Fortaleza de Alfârl-Tütken (isla de Hyller, Jabather).

A cada paso que daba sobre aquella alfombra de tonos alegremente apagados, Orel sentía que el peso de su anterior vida se desparramaba por ella, dejándolo desnudo ante la sombra del nuevo nombre que le aguardaba. Bajo el Baldaquino de los Reyes, alzado por tres majestuosas columnas cuyos acabados de oro emulaban los ramajes de los árboles milenarios, Orel dejaría de existir en el mundo y en la memoria para renacer como Òrâbla, rey de las Siete Islas de Jabather.

ξ ξ ξ

La noticia llegó a sus oídos —y, desde entonces, se mantuvo en su corazón— hacía apenas un año, cuando Erwhon, su mejor y único amigo, tocó a la puerta de su habitación una fresca tarde de otoño. Orel, desprevenido, lo recibió sin gesto alguno de sorpresa; sus habitaciones estaban una al lado de la otra y las visitas mutuas eran frecuentes. Se dieron un cálido abrazo, como solían hacer cada vez que se saludaban y se despedían.

—Viejo amigo, ¿qué te trae por aquí? —saludó el anfitrión.

Erwhon rio con ganas.

—¿*Viejo amigo*? Ya estás hablando como los personajes de tus libros, como de costumbre, y créeme si te digo que tus pintas no inspiran la grandeza que evocas con tus palabras.

Orel miró su ajada túnica e hizo ademán de enfado cómplice.

—Bueno, ¿se puede saber qué haces viniendo a estas horas, además de juzgar mi vestimenta? El té ya me lo bebí hace rato y, aun si quedara algo, estaría frío y me daría vergüenza ofrecértelo. Lo siento, pero tendrás que esperar a mañana —dijo, y simuló cerrar la puerta.

Erwhon, reconociendo el humor de su amigo, lo empujó y entró en su cuchitril, haciéndose con una silla y estirando las piernas cómodamente. Y ante la sonrisa de Orel, haciendo alarde de su habitual pompa, dijo:

—Esta vez el té lo traigo yo, y te aseguro que nunca has probado bebida alguna que pueda compararse al delicioso gusto de la que te ofrezco. Está muy caliente y habrás de saborearla lentamente para no abrasarte. No obstante, es un líquido un tanto especial: no se traga tras saborearlo, sino que deberás tragarlo con ansia y, entonces, saborearlo como puedas desde tus entrañas. Se trata, además, de una bebida que se bebe con los oídos…

—Habla y déjate de prolegómenos. Siempre haces lo mismo —dijo lacónicamente Orel, intuyendo que se trataba de alguna información importante la que Erwhon estaba a punto de confiarle. Sin embargo, este comenzó a dar uno de sus facundos rodeos:

—¿Sabes que me siento el hombre más afortunado del mundo?

—Erwhon, habla y di lo que tengas que decir.

—Vamos, Orel... —rio Erwhon—. Ahora es cuando me tienes que preguntar: *¿por qué te sientes el hombre más afortunado del mundo, Erwhon?*

—¡No seas pesado!

—No soy pesado; solo elaboro un guion digno de la noticia por la que he viajado hasta aquí en tan penosa y lastimera travesía —insistió irónicamente Erwhon.

Orel, cada vez más hastiado, accedió al fin:

—¿Por qué te sientes el hombre más afortunado del mundo, Erwhon? —dijo con retintín.

El apelado sonrió y, con una solemnidad mal representada, se arrodilló ante él.

—Porque en estos momentos comparto techo, conversación y amistad con el próximo rey de las Siete Islas de Jabather —dijo, y se quedó callado en esa posición, con los ojos fijos en el suelo.

Después de la sorpresa inicial, Orel trató de serenarse. Tras un largo silencio, únicamente vivo por el chisporroteo de las ascuas en la lumbre, le preguntó a Erwhon:

—No estás bromeando, ¿verdad?

El interpelado entonces alzó la cabeza y lo miró a los ojos. Mientras se incorporaba, respondió:

—No, no bromeo. La simpática escena cuyo protagonismo me pertenecía acabó cuando me referí a ti como futuro rey. Ya estamos en el segundo acto de mi obra, y ahora eres tú el centro de la trama.

Orel movió la parte derecha del labio, en señal de que, en otras circunstancias, le hubiera contestado a la broma con afán de superioridad.

—Erwhon, afirmas que seré el próximo rey de las Siete Islas de Jabather. Es algo muy serio y sin precedente alguno desde que nos conocimos. ¿Se puede saber cómo demonios te has enterado, si es que acaso es cierto lo que dices?

—Para mí también fue rápido y brusco, Orel..., y mi sorpresa fue aún mayor que la tuya, creo, aunque no sé exactamente qué estarás pensando en estos momentos —Orel esbozó una sonrisa abatida para contestarle sin interrumpirlo—. Ayer fui requerido por Yhol. Me esperaba en un salón austero y frío de la torre sur de Alfârl-Tütken. El lugar, de muros de piedra grisácea, estaba imbuido de un cierto aire fantasmagórico, aunque contaba con unas vistas preciosas; no hizo falta prender más que un par de velas, ya que la Luna volcaba todo su esplendor a través del amplio ventanal. El silencio y la intimidad embriagaban la sala. No se me ofreció nada de comer salvo agua fresca de las pozas de Cea[3], con la que llené tres o cuatro cuencos que disfruté a sorbitos..., aunque estos son detalles irrelevantes. La conversación con Yhol, como podrás imaginar, dio para rato.

»Yhol..., nuestro viejo maestro, Orel, nuestro padre... Parecía como si el tiempo hubiera apuñalado con su inexorable contrato la gloria de sus sabios ojos; sí, la misma sabiduría que nos vio crecer se agitaba en ellos como en los días de su juventud y nuestra infancia, pero el infinito ya no palpitaba en sus pupilas. Su espíritu se muere, Orel; Yhol se nos muere, a pesar de la fiera batalla que libra en las profundidades inescrutables de su corazón. Por vez primera, entre lágrimas, me

3. El valle de Cea se extiende entre las dos cordilleras al sur de Hyller y es conocido por sus manantiales de agua con sabor dulzón, que recuerda vagamente a una miel muy suave y diluida.

confesó la amarga zozobra que le consume… sin más remedio que una ineluctable, pero noble, derrota final.

Orel se quedó estupefacto. Era conocida la frágil salud del entonces rey de las Siete Islas de Jabather, pero este nunca había hablado de ella y nunca la había reconocido ante nadie. El hecho de que le hubiera confiado a Erwhon sus temores vitales era extraño… y, sobre todo, preocupante.

La perspectiva de futuro que había ocupado el pensamiento de Orel hasta hacía unos segundos vio ensombrecido su horizonte por el miedo, la incertidumbre y la tristeza. Yhol, aquel hombre que en tan débil estado físico y moral describía ahora su amigo, había sido su verdadero padre desde que tenía uso de razón y noción de memoria. Criados en la fortaleza de Alfârl-Tütken Erwhon y él, los dos pequeños huérfanos crecieron en una fraternidad arraigada en la necesidad mutua y un curioso afán de aprendizaje, bajo la supervisión del mismísimo Yhol, tutor de aquel par de granujas de la tierra del olvido. Si bien no los veía a menudo, debido a su imprescindible participación en los innumerables asuntos palaciegos, cuando les dedicaba su tiempo la felicidad de los tres era tan vibrante que toda la fortaleza parecía henchir su pecho de afecto.

Erwhon fue el primero en llegar, no menos que a lomos del refulgente corcel espoleado por el propio Yhol, tras una mañana de caza en la que la comitiva real se hizo con un par de perros, una docena de buenos conejos, algunas serpientes de resistente piel y un niño desnutrido, sucio y agazapado tras unos arbustos del bosque. Aquel día el rey aplazó todas sus tareas, por urgentes que fueran, para asear y cuidar personalmente al chiquillo, que devoró esa noche más platos que varios de los más fornidos guerreros del monarca.

El pequeño Erwhon pronto recuperó la belleza inocente de la infancia y, sin mostrar indicio alguno de su misteriosa vida pasada, aprendió a convivir con la rutina de una fortaleza cuyas posibilidades eran inagotables para un chico aven-

turero, inquieto y curioso como él. Le encantaba descubrir habitaciones perdidas en las altísimas torres de Alfârl-Tütken, donde se abstraía del mundo y se elevaba sobre él gracias a los libros que leía tumbado en el suelo. La inmensa biblioteca de la fortaleza estaba a su entera disposición y, si bien por las mañanas debía aprender tediosas lecciones sobre cosas que no le interesaban en absoluto, el reino de la tarde le pertenecía y él mismo se creía pertenencia de esos muros; nunca llegó a pensar en poseer un castillo que ya sentía como suyo y del que se sabía una parte valiosísima e imprescindible.

Las normas de Alfârl-Tütken le parecían, en ocasiones, demasiado restrictivas, por lo que no tenía ningún reparo en saltárselas cuando le apetecía. La gente del rey solía perder los estribos al no encontrarlo en su habitación ni en los cuartos contiguos. Sin embargo, tras unos primeros episodios de alarma general, la corte no tardó en acostumbrarse a sus frecuentes desapariciones. A fin de cuentas, nunca daba problemas y solía cumplir con sus obligaciones.

Solo Yhol, que lo conocía bien, lograba encontrarlo, y, a veces, compartía con él sus escondites: galerías subterráneas en las que nadie entraba nunca, rincones casi inaccesibles de los jardines de la fortaleza e incluso senderos alejados de las inmediaciones de esta. Cuando pasaba tiempo con Erwhon, el rey de las Siete Islas de Jabather apenas hablaba; se limitaba a preguntar y a escuchar los pensamientos que el joven compartía con él. El chico no tenía reparo en exteriorizarlos y, de hecho, se sentía dichoso ante las sonrisas satisfechas de su compañero, tutor y, sobre todo y pese a todo, padre. Yhol nunca llegó a abrazarlo o a mostrarle su afecto de forma explícita, pero aquellas largas horas tras los ventanales de la fortaleza, o frente a los campos de trigo, cuando ambos contemplaban el atardecer al compás de conversaciones que arremolinaban la trascendencia de la vida... Aquellas efímeras e inmortales horas hacían innecesario e insignificante cualquier gesto de cariño, pues ya constituían inefables actos de cariño por sí mismas. Nunca hablaban de todo, pero siempre lo decían todo sin

pretenderlo. Erwhon, durante los tres años y medio que creció solo en Alfârl-Tütken, se hizo un sabio amante de la vida, más amante que sabio pero más sabio que muchos amantes.

Cuando llegó, Orel no lo hizo en las mismas condiciones que su fraternal compañero: entre lágrimas de rabia, era arrastrado por un soldado decidido a condenarlo. El motivo fue algo relacionado con un hurto a un aldeano, aunque nunca llegó a saberse con certeza. Yhol, que casualmente vio la escena desde una ventana, ordenó que el chico fuera liberado y trasladado junto a él de inmediato, antes de que la situación llegara más lejos. Cuando el pequeño Orel se vio a solas con un adulto tan majestuosamente vestido y tan conciliador, que con tanta bondad le preguntó por su nombre, no supo qué hacer ni qué pensar. Antes de que la primera e inesperada lágrima redentora resbalara por su mejilla, se hundió en el abrazo que necesitaba desde hacía mucho tiempo... y lloró, lloró como nunca pudo ni supo hasta entonces. Yhol, con una ternura arraigada en el compromiso de salvar como fuera a ese niño miserable, cerró los ojos y perdonó todas sus faltas, sin legitimidad para ello pero con amor suficiente para hacerlo.

Erwhon y Orel, Orel y Erwhon. No tardaron en aliarse por y contra un mundo demasiado adulto para ellos. Enlazados por un pasado desconocido y un futuro incierto, sus niñerías se transformaron, paulatinamente, en actitudes más acordes con la vida propia de la fortaleza. Desde esa privilegiada posición geográfica y política aprendieron sobre la guerra y las rebeliones, la historia y las conquistas que la esculpieron, la configuración social, política y geográfica de Adamús en general y de Jabather en particular y, especialmente, las funciones coordinadoras y administrativas de Alfârl-Tütken con respecto a Hyller, la isla en la que se erigía la fortaleza, y las otras seis islas del archipiélago de Jabather, de las que la fortaleza era la capital. Pronto, bajo el beneplácito del rey Yhol, los dos jóvenes comenzaron a asistir periódicamente al Consejo presidido por el monarca, donde, con voz

pero sin voto, participaban en los acalorados debates en torno a la delicada situación del archipiélago, cuya unidad política era cada vez más pretérita y menos prometedora. En el Consejo, reunido semanalmente, se discutían y definían las principales líneas de actuación de Alfârl-Tütken con respecto a las demás ínsulas, con objeto de mantener la hegemonía de la capital sin atentar contra la posición del resto de los territorios de ultramar. Estas privilegiadas reuniones, núcleo del poder político de Jabather, fueron vitales para la perspectiva que adoptaron los dos chicos y que, a la larga, los situaría en la élite de todas las relaciones diplomáticas del archipiélago.

La fraterna amistad de ambos parecía basarse en la complementariedad. Pronto acusaron notables diferencias que estrecharon su vínculo. Erwhon mantuvo, agudizó y maduró su gusto por perderse y aprender por su cuenta, en un afán de afirmación constante de su voluntad. De vez en cuando, esta actitud le suponía algún que otro problema con sus superiores, que solían sentirse insultados por su sano libertinaje. Con su peculiar carácter parecía menospreciar el papel del Consejo, bien dejando su asiento vacío en reuniones de importancia —todas lo eran—, bien argumentando grandilocuentes disquisiciones que más ensalzaban su propio estatus que el de la discusión. El muchacho, tras varios años así, consiguió que ningún maestro quisiera tratar con él, dada su irresponsabilidad y falta de compromiso. Este hecho supuso un moderado hito en su peculiar carrera personal y le permitió, tal y como había deseado desde hacía incontable tiempo, olvidarse de los horarios y, sobre todo, de madrugar.

Por irreverente fama que le precediera, Erwhon no era, en modo alguno, un haragán irrespetuoso, sino todo lo contrario: normalmente se preocupaba por las personas con las que coincidía y, si bien algo estrafalario, su buen humor era irremediablemente contagioso, por lo que las críticas hacia él solían ser a sus espaldas y meramente transitorias.

Orel, por el contrario, pasaba sus días encajando tarea tras tarea. La alegría desordenada de su amigo no tenía cabida para su incansable afán de trabajo, el cual lo moldeó como un muchacho serio y callado que solo abría la boca para dejársela abierta a sus oyentes. Acérrimo participante en el Consejo, sus discursos y reflexiones trasmitían todo el vasto conocimiento que, precozmente, adquiría de los más sabios eruditos de Alfârl-Tütken. Su carácter reservado e introvertido parecía focalizar su energía en una vehemente actividad intelectual, bien alimentada desde sus primeros días en la fortaleza. Debidamente entrenado, aquel talento maravilloso vería crecer a un genio.

Sin embargo, su mirada distaba mucho de la liviandad de la de Erwhon. La de Orel era la mirada de una tristeza de hondas raíces, de una insatisfacción existencial que solo podía aliviar manteniendo una constante actividad evasora o disfrutando la compañía de Erwhon o Yhol, las dos únicas personas por las que se permitía perder algo de su tiempo. La sinuosa amargura de Orel, cuyas causas no se atrevía a recordar y que zarandearía su biografía sin remedio, ganaba terreno en su rostro; un rostro cuya triste sonrisa era el retrato de la lucha por la conquista de una alegría inexpugnable. Sus incursiones en el mundo de la filosofía y la espiritualidad no hacían otra cosa que extender cada vez más su abanico de verdades incompletas; y aquel abanico, de infinita amplitud, parecía reírse de su incapacidad para comprender lo inescrutable. Con la mente de su corazón trataba de ordenar esa miríada de estrellas, conocidas pero inexploradas, combinando y removiendo todo para no perderse nada, en busca de una felicidad sobre la que había leído mucho... y nada más.

Crecían. Orel bebía de la optimista actitud de Erwhon, mientras este se cultivaba escuchando las profundas disertaciones de su hermano; y ambos se sabían, como por obra de un destino caprichoso, inmersos en una danza ajena cuyo único suelo eran las carencias propias, que solo el otro podía colmar y acompañar. Luchaban, juntos, contra la desgarrada incerti-

dumbre de un sufrimiento de cuyas manos fueron arrancados, pero no liberados. Juntos, sí, pero igualmente solos. Espalda con espalda y corazón con corazón, la soledad era la siempre acechante mella de su fraterna plenitud encarcelada.

Así trascurrió poco más de una década en la que ambos muchachos desarrollaron su musculatura, su mentalidad y su espiritualidad sin afán alguno de futuro ni de poder. Se podía decir que ya en la alegría, ya en la tristeza, su vida transcurría cómodamente feliz, sin grandes padecimientos que los hicieran maldecirla.

Por ello, Orel, ya asentado desde hacía años en su rutina, tardó unos minutos en asimilar —y no del todo— la arrolladora noticia que Erwhon le había traído. ¿Cómo que Yhol se moría? ¡Pero si no hacía más de dos días organizaba acá y allá, como siempre, la sesión correspondiente del Consejo, mientras trataba de recibir a media docena de comisiones de todo el archipiélago al tiempo que enviaba a una docena entera, y todo ello con una celeridad admirable para su ya considerable edad! Y pensar en él, en el jovencísimo Orel, como sucesor... ¿No contaba el viejo monarca con toda una corte de su máxima confianza? ¿Por qué un vulgar muchacho que apenas contaba veinte años? Además, sabía que Erwhon era el favorito de Yhol, y que todos lo consideraban mucho más apto que él para desenvolverse en actos sociales y políticos. Las dudas y el temor agitaban el pensamiento de Orel, que escuchaba a su hermano con los ojos abstraídos.

—Nunca imaginé a Yhol diciendo lo que dijo —continuó Erwhon—. Por primera vez, Orel, habló de nosotros, de los dos, desde una profundidad emocionada que nada tenía que envidiarle a la del mejor padre de Adamús. Con nostalgia mal disimulada me relató cómo nos encontró a ambos descuidados, abandonados, perdidos; intentó referirse al fuerte impulso compasivo que lo obligó a rescatarnos de la muerte, y me confesó la total esperanza que depositó en nuestro futuro desde entonces. Hubo de interrumpir dos o tres veces su dis-

curso, ya que las palabras se le atragantaban en el pecho; parecía como si llevara mucho tiempo anhelando liberarlas y, en el momento de hacerlo, el torrente acumulado fuera demasiado caudaloso para su quebrada voz. Se disculpó, mirándome fijamente, por todas las ocasiones en las que no se compartió aún más con nosotros. Creo, Orel, que él deseaba tanto un hijo a quien transmitir su inconmensurable sabiduría, que vio en nosotros su tesoro más soñado. Sin embargo, no pudo cumplir simultáneamente sus obligaciones de rey y sus aspiraciones de padre; o se es padre de un pueblo o rey de una casa... y Yhol lo supo desde el principio, aunque su orgullo real y su filantropía paternalista jamás le permitieron reconocerlo.

»Me habló de ti esa noche, Orel. Admiró en voz alta tu sentido de búsqueda de la verdad y la justicia; ya sabes, ese férreo idealismo tuyo del que siempre hablas o escribes entre líneas. «Un joven tan convencido por el bien común», decía, «un muchacho tan joven y con tanto trasfondo... Creo que el mundo necesita a alguien como él, y más aún en estos tiempos de crisis y rebeliones internas en los que la unidad se fragmenta y se destruye a sí misma… El prometedor futuro de un prometedor corazón como el suyo ha de guiar el latido del mañana del archipiélago». Así eran sus palabras, Orel, de las cuales solo recuerdo una parte, aunque no olvido la plenitud de su profundo sentido. No, no llegó a confesarme de forma explícita que serías tú su heredero, pero el brillo de su mirada y su acalorado discurso sobre tu valía lo proclamaban con la fuerza de un cuerno de guerra antes de la batalla. Durante las dos últimas décadas se ha entregado plenamente a la paz de Jabather y, sin embargo, las insurrecciones y exigencias de las islas vecinas lo están agotando. Ya sabes, Orel, que no son buenos tiempos para la política, y menos aún para la consumación de los más altos valores de la Humanidad. La llama de nuestro padre comienza a apagarse, y tú eres la diminuta chispa que ha de comenzar un nuevo incendio que ilumine y deslumbre al archipiélago con la verdad..., esa Verdad que

llevas años buscando con vehemencia y que, en estos momentos, el mundo te ruega empuñar como estandarte.

Se quedaron un rato en silencio. Orel miraba las llamas de la lumbre y Erwhon a su hermano; pero, sin confesarlo, ambos observaban el mismo interrogante invisible que flotaba entre ellos. Cuando el fuego quedó reducido a ascuas brillantes, Orel pidió amablemente a su huésped que se marchara, pues prefería acostarse en vez de seguir cavilando sobre lo imposible. Se despidieron con un abrazo y la promesa de verse a la mañana siguiente. Tras hacer alguna broma respetuosa, Erwhon se retiró a su habitación de la fortaleza, situada a unos pocos metros de la de Orel, quien aquella noche no durmió pero soñó como nunca.

Dieciocho días más tarde, Yhol, entonces rey de las Siete Islas de Jabather, llamó a su puerta con el propósito de confesarle personalmente sus ambiciosas intenciones para con él. Orel, haciéndose el despistado, lo recibió con una sonrisa más amplia que de costumbre.

ξ ξ ξ

Orel subió el último escalón y se situó bajo el Baldaquino de los Reyes. Yhol, que allí lo esperaba, enjuto y encorvado, le puso sus pálidas manos sobre la cabeza. Un profundo suspiro, emergido de la fragua viva de su pecho, estremeció todos los muros y quebró el reverencial silencio de la estancia. Con una solemnidad conmovedora, el monarca comenzó a entonar el Jihkeômma, el canto universal que en las Siete Islas de Jabather invocaba la purificación concedida por los dioses a los nuevos monarcas. Cuando concluyó por primera vez la cíclica melodía, los cientos de presentes se unieron a la voz plomiza del anciano, y elevaron el canto a la esfera insondable de los mitos y la magia. Los ciudadanos de Alfârl-Tütken hicieron vi-

brar el enorme Salón del Corazón del Mar, cuyo esplendor se vertía en esos momentos en el cielo del pecho de Orel.

El joven no pudo evitar emocionarse e, interiorizando los nobles versos del cántico, derramó algunas lágrimas de grandeza contenida. Allí estaban su hermano Erwhon, sonriéndole con camaradería mientras forzaba como nunca su garganta; diferentes miembros de la Corte con los que había compartido discusiones, carcajadas e incluso alguna que otra violencia; una considerable muchedumbre de ciudadanos que observaban con admiración a su nuevo rey; y un nutrido cuerpo de soldados que, impasibles, velaban por el antiguo y por el nuevo monarca, y entre los cuales Orel pudo distinguir a Kâgagar, aquel hombre que, doce años atrás, le había salvado la vida pretendiendo quitársela por ladrón. Todos alimentaban aquella tormenta de voz, que consagraba al joven Orel como nuevo rey de las Siete Islas de Jabather.

…Todos, menos los Gobernadores de las seis islas restantes, quienes ni siquiera excusaron su ausencia con algún representante enviado para la ocasión.

La tensión entre las Siete Islas se había disparado en las dos últimas décadas como no pasaba desde hacía casi trescientos años. Hyller, la isla capital, se había convertido en el blanco de las agresiones del resto de ínsulas: primero verbales, más tarde políticas y, finalmente, militares, no a gran escala pero cada vez más lacerantes. Del archipiélago de Jabather parecía quedar solo el nombre; la identidad colectiva de las siete islas se desmoronaba debido al afán de dominio de algunas de ellas, que trataban de mermar el poder central de Alfârl-Tütken en beneficio propio.

A todo ello, como cabría esperar, la fortaleza se oponía rotundamente, en defensa de la coordinación y la paz armónica del archipiélago. Buscando evitar el conflicto abierto, el Consejo de la capital llegaba a ignorar los actos violentos de poderosas islas como Bgaher o Nelis. Así, más de una aldea de Hyller había llegado a ser arrasada por escuadras guerrilleras,

cuyo objetivo era desmoralizar el poder central y cuestionar su liderazgo. Las islas enemigas esperaban que Alfârl-Tütken, en un arrebato desesperado, les declarara la guerra. Tal conflicto oficial sería la excusa perfecta para que todas las demás islas se aliaran contra la capital y pudieran derrocarla.

Tal estrategia era conocida por el Consejo de Alfârl-Tütken, que trataba de eludir toda posible actuación militar. Las seis islas esperaban que el Consejo iniciara la actividad bélica y diseminara sus tropas en los distintos territorios marinos e insulares, para responder al ataque de forma desconcentrada. Una ofensiva directa y focalizada en Alfârl-Tütken sería desastrosa por mucho que unieran sus fuerzas, debido a la superioridad militar y a la impenetrabilidad de los muros de la fortaleza. No dejaba de ser, a fin de cuentas, el núcleo político de las Siete Islas de Jabather, y su predominio, si no deseado, seguía siendo incuestionable.

Solo las islas más pequeñas y modestas, como Qijim o Rhom, intentaban mantenerse neutrales, aunque el miedo a las represalias de sus vecinos las mantenía en un silencio constreñido. No se identificaban con las ostentaciones rebeldes, pero tampoco se alzaban contra ellas ni apoyaban abiertamente a la capital.

Orel sabía que el conflicto, cada vez más bullente, había ocasionado hambre, muerte y tristeza en gran cantidad de aldeas de su isla. Y ante tanto dolor, la gloriosa fortaleza de Alfârl-Tütken se daba la vuelta, protegida tras su política apaciguadora. El Consejo se limitaba a enviar inútiles comisiones a los palacios del enemigo para reprender sus actos, en vez de un ejército poderoso para castigarlos. La capital del archipiélago ejercía un poder tan poderoso como para permitirse la inacción, y tan miserable como para esconderse tras ella.

El espiritual canto del Jihkeômma cesó, aunque la reverberación mantuvo su magnificencia entre las columnas y los corazones. Yhol, con real parsimonia, en-

tregó a su nuevo rey el Báculo de la Cima, la insignia que distinguía al soberano de Hyller, al rey de las Siete Islas de Jabather.

Entonces Orel, arrodillado en público por primera y última vez en su vida —y quien lo vio supo de la inenarrable grandeza que nunca, a partir de entonces, pudo recuperar en pie—, sintió que algo desconocido se rompía para siempre en su interior. Aquellos latidos le darían fuerzas para no perderlas jamás, en lo que sería el reinado más desgarradoramente humano de la historia de Adamús. Así perduraría en la memoria de los siglos gracias al canto de los rapsodas, la historia de los libros y el recuerdo de los dioses.

Òrâbla, rey de las Siete Islas de Jabather, se incorporó con lentitud. Mientras el mundo lo coronaba definitivamente con su aplauso, no pudo evitar murmurar la palabra que se convertiría, desde entonces y hasta su muerte, en su credo más peligroso, traicionero y humano: *Justicia*.

"Del archipiélago de Jabather parecía quedar solo el nombre; la identidad colectiva de las siete islas se desmoronaba…"

Si te ha gustado, te agradeceríamos que le dieras “Me gusta” en nuestra página de Facebook y lo compartieras.

http://facebook.com/adalizediciones

Recuerda, así mismo, que puedes comprar el libro en papel y te lo enviamos al domicilio que nos indiques. Envío gratuito para toda la península.

http://adaliz-ediciones.com/home/27-el-latido-del-guerrero.html

¡Gracias!